

## El epistolario como conversación *humanista*: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)

Jorge Myers\*

### Introducción

Uno de los cuerpos latinoamericanos de correspondencia más abundantes de mediados del siglo XX es el de Alfonso Reyes. Escritor infatigable, la conversación mantenida a distancia, desde sus distintos destinos diplomáticos, con amigos, colegas y rivales, dio origen a una voluminosísima correspondencia, importante no tan solo por el mapa de relaciones intelectuales que permite reconstruir con fina precisión, sino también por el propio contenido de las cartas, que constituyen a veces casi pequeños tratados de reflexión “humanista”. Reyes, autor de misivas, se inscribe dentro de la figura más amplia de “Reyes, administrador de su propio legado intelectual”, es decir, la de un intelectual que buscó de modo obsesivo garantizar para la posteridad todos los elementos necesarios para construir el monumento al gran intelectual latinoamericano del siglo veinte: iniciador de su propia obra completa, Reyes también conservó sus pensamientos y actividades más efímeros en un diario extenso, y creó un archivo personal —la Capilla Alfonsina— para resguardo de su enorme acervo epistolar. De este modo, Reyes y su correspondencia constituyen uno de los polos radicales en cuanto al empleo del epistolario para construcción y consagración de la propia figura de un intelectual.

No parece demasiado arriesgado afirmar que la correspondencia intelectual presenta siempre un carácter polisémico, y que éste se manifiesta de un modo evidente en el caso —por cierto muy particular— de aquella generada por los integrantes de la red intelectual auspiciada por Reyes y sus contemporáneos de generación del Movimiento Ateneísta mexicano, quienes se vieron a sí mismos como portadores de un nuevo “humanismo” cultural latinoamericano. Al examinar la correspondencia intelectual de dos de los integrantes de esa red — Alfonso Reyes en su relación epistolar con Genaro Estrada—, nuestro foco estará colo-

cado sobre los múltiples usos de los que era objeto (en un momento histórico en el que su carácter de medio exclusivo de comunicación a distancia ya había sido desplazado por nuevas tecnologías como el telégrafo y el teléfono).

El propósito fundamental de toda misiva es, qué duda cabe, la comunicación a distancia: entre amigos y entre amantes, sirve para mantener vigentes los lazos de la amistad o del amor en situaciones de ausencia; para líderes políticos o jefes militares sirve como medio para impartir órdenes o aclarar indicaciones; para diplomáticos y subordinados de todo tipo (en cualquier organización, estatal, corporativa, privada) constituye el principal medio de mantener informados a los superiores acerca del propio accionar (y de dejar un registro escrito del mismo por si más adelante este pudiera estar sujeto a algún cuestionamiento); y en el caso de —entre otros— celestinas, diplomáticos, agentes revolucionarios y espías, ofrece un medio para comunicar información acerca de los movimientos del adversario.

La correspondencia intelectual —es decir, aquella sobre cuestiones intelectuales intercambiada entre intelectuales—, sobre todo en el siglo veinte cuando la comunicación a distancia comenzó a depender de medios más veloces y descansados, ostenta, además de la mera comunicación a distancia, una serie de características en cuanto a su uso que le son propias. Sin pretender agotar la lista, sus funciones más importantes a lo largo del siglo veinte parecerían haber sido: 1) el debate intelectual — la confrontación de puntos de vista opuestos o no necesariamente coincidentes, provocada muchas veces por uno de los dos interlocutores—; 2) la definición del propio pensamiento en torno a cuestiones que interpelaban al grupo de referencia — el uso del medio de la escritura con un destinatario específico para “pasar en limpio” una reflexión quizás no del todo clara en un primer momento; 3) la justificación *a posteriori* de posiciones tomadas (*partis pris*) — ante amigos o enemigos— que habían alcanzado estado público; y, 4) la proyección hacia la posteridad de la pro-

\* UNQ / CONICET.



pia figura como intelectual, donde las cartas resultaban no solo ser el vehículo vivo de un pensamiento en movimiento sino el registro permanente del mismo. La correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y de Genaro Estrada con otros y entre sí ofrece abundante material para explorar estas facetas específicas, que se articularon fundamentalmente en torno al proyecto compartido de elaborar una interpretación *cultural* de las sociedades latinoamericanas y de su historia — en el caso de Estrada, esa ambición se circunscribió a México— y de defensa de los valores y de la proyección hacia el futuro de la Revolución Mexicana. Como el archivo epistolar de uno de estos dos autores es inmenso y como el período global que abarca desde las primeras cartas de Reyes hasta las últimas de Estrada lo es también, lo exploraremos aquí a través de “calas” en ese mar de cartas, y nos circunscribiremos a un momento estrictamente acotado dentro de la serie epistolar, aquel de las embajadas del director de la revista **Monterrey** en la Argentina y en Brasil, cuyo punto final estuvo dado por la prematura muerte de Genaro Estrada en 1937.

### Alfonso Reyes y el epistolario de un humanista (1907-1959)

Nacido en 1889, Alfonso Reyes cultivó durante toda su vida dos prácticas de escritura entre sí muy semejantes. Siendo ambas modalidades diversas de las escrituras del “yo”, se definieron por su referencia inmediata a una vivencia personal: la anotación de sus actividades, lecturas y reflexiones en un diario personal — una costumbre que conservó desde 1911 hasta su muerte en 1959—, por un lado, y el cultivo asiduo de una conversación en ausencia por medio de una correspondencia cada vez más voluminosa con sus amistades, cuya interlocución de intelectuales y artistas le resultaba evidentemente necesaria a su propia práctica de pensador y escritor, por otro lado. Desde 1907, por lo menos, hasta su muerte en 1959, Alfonso Reyes fue una verdadera máquina redactora de misivas, dirigidas a los cuatro rincones del mundo.

Una parte de su correspondencia, la más privada, se circunscribió, indudablemente, a su círculo familiar. Hijo del General Bernardo Reyes — prohombre del porfirismo —, sus primeras cartas fueron escritas a él. La muerte violenta de su padre en 1913 puso fin a esa temprana serie epistolar. Sus cuatro hermanos fueron enemigos de la Revolución Mexicana, a la que se opusieron desde una posición política conservadora. Uno de ellos, Rodolfo Reyes (1878-1954), intelectual como su hermano menor, aunque de derechas, siguió un periplo que lo condujo desde un acendrado porfirismo y huerismo en los años 1910, hasta un apoyo entusiasta por el régimen español de Francisco Franco en los años 1940. El imperio de los afectos en algunos casos, el mero deber familiar en otros, impulsieron un intercambio epistolar con esos hermanos y su prole, como también con su querida madre, a la que mantuvo siempre informada, por vía directa o indirecta, de sus movimientos y de sus triunfos durante su larga ausencia de México (1913-1939).

Además de la correspondencia familiar, la vida profesional de Reyes generó un inmenso acervo de cartas, fruto de sus activi-

dades como periodista (sobre todo durante su primera residencia española entre 1914 y 1920), como académico (en especial luego de su nombramiento en 1939 como presidente de la Casa de España en México, rebautizada Colegio de México en 1940, cargo que ostentó hasta su muerte), y como diplomático de carrera (1913-1914 y 1920-1939). Esta última, en consecuencia de la forma particular con que se entremezclaron la trayectoria intelectual y el ejercicio de la función diplomática en la vida de Reyes, tendió a solaparse con, o al menos servir de refuerzo a, su correspondencia propiamente intelectual. Es ésta la que ocupa (en relación al período pre-1939) la mayor parte del acervo epistolar que dejó como legado a su archivo, y este hecho respondió sin duda a dos cuestiones de fundamental importancia para una adecuada comprensión de la vida y la obra de Reyes: a) su oficio de intelectual supo regir todas sus demás actividades, informándolas siempre, subordinándolas a veces, otras veces fusionándose por completo con ellas; y b) el círculo de sus amigos fue (casi perfectamente) isométrico al círculo de sus interlocutores doctos (ese abigarrado universo social formado por poetas, filósofos, artistas plásticos, académicos, periodistas letrados, músicos, teóricos políticos, actrices y actores de teatro o de cine, y gestores culturales). La actividad vital para el Reyes adulto era indisoluble de la función intelectual — todo oficio era en algún punto oficio de “*inteligéncia*”, si a Reyes incumbía—, y las afinidades electivas que guiaron a sus afectos exigieron casi siempre en el otro, como condición *sine qua non* — exigencia irrefragable— una pertenencia — por más tenue que fuera— al estamento letrado. Es en función de estas características tan decisivas para la relación entre su vida y su obra que, de todas sus correspondencias, la intelectual haya sido, incluso desde el punto de vista de su propia imaginación autobiográfica, la más instrumental para la elaboración de su propia concepción de lo que debía ser su lugar en el mundo y en su época.

Más que un simple medio de comunicación — aunque cabe subrayar que nunca dejó de ser *también* esto— la correspondencia de Reyes con su cada vez más amplio círculo de amistades letradas constituyó una parte nodal de su propia actividad *pública* como intelectual: elemento de intervención directa en el debate cultural y político del momento, esa correspondencia fue además escrita con la evidente conciencia de que algún día llegaría a ser leída por terceros. El trabajo de la escritura epistolar, por más que abundara en constantes alusiones a lo informal y urgido de la redacción, fue asumido por Reyes con la misma seriedad estilística y conceptual que dedicó al conjunto de su obra de ensayista y poeta. Al hacerlo, obraba de acuerdo al ideal neo-humanista que sirvió para definir su posición en el interior de las tormentas ideológicas de su época. En aras de ese ideal, se proyectó ante sus contemporáneos como un tipo nuevo de letrado, de escritor público, de intelectual. Cosmopolita de América; defensor de una continuidad con la tradición que no fuera regresiva ni reaccionaria, sino progresista; erudito que creía en el maridaje de la elocuencia y la precisión, que confiaba, es decir, en la posibilidad de que un análisis filológico pudiera deparar el mismo placer estético que una novela o un poema; intelectual que deseaba una política revolucionaria que “nivelara hacia arriba” la cultura del pue-

blo, y que por ello recusaba toda diatriba anti-intelectualista, del signo ideológico que fuera: el modelo decisivo para la construcción de su figura pública de intelectual, modelo compartido por aquella formación intelectual transnacional que vio en él su adalid y su emblema, fue el del humanista italiano del otoño de la Edad Media y del florecer del Renacimiento.

Apostrofado como “gran humanista” por Mariano Picón Salas en la dedicatoria de su libro **De la Conquista a la Independencia** (1944), Reyes había elaborado una posición intelectual y política a lo largo de los años veinte y treinta que parecía justificar esa descripción — es decir, que hacía de ella una referencia a posiciones sustanciales y no una mera exclamación retórica—. Reyes no solo había formado parte del grupo de jóvenes intelectuales que, insatisfechos con el positivismo ambiente y con la política del Porfiriato, se había organizado en una Sociedad de Conferencias (en 1906/07) y luego en un Ateneo de la Juventud (en 1909), sino que había realizado su primera formación intelectual en el seno dicha corriente, bajo el magisterio informal de uno de sus dos principales líderes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña. En ese marco, desarrolló un curso intenso de estudios que le había permitido absorber las principales consignas intelectuales de su generación: nietzschismo, ibsenismo, bergsonismo, familiaridad con los decadentistas y simbolistas franceses, lecturas clásicas — sobre todo orientadas de Platón y el platonismo, aunque no exclusivamente—, absorción vigorosa de la crítica literaria contemporánea (nombres como los de Walter Pater y sus contemporáneos descuellan), y además de todo ello, cierto estudio, acuciante, de la música, las artes plásticas y el teatro modernos. En sus tempranas cartas a Henríquez Ureña, aparecen referencias a una lujosa edición de Oscar Wilde comprada por él, a la lectura en curso del **Salammbô** de Flaubert, al prólogo de Pierre Louÿs a su **Aphrodite**, a Menéndez Pelayo, o al deseo de preparar una conferencia sobre el teatro medieval de la monja Hrotsvitha y su impacto en la tradición letrada latina.<sup>1</sup>

A pesar del carácter un poco informe de su programa de estudios, comenzó a definir muy rápidamente una personalidad propia dentro de ese concierto de inteligencias tan denso que fue el Movimiento Ateneísta. En 1911, publicó su primer libro en la editorial Ollendorf de París, **Cuestiones estéticas**, que le valió una carta personal de Émile Boutroux en la que le manifestaba su deseo de reunirse en persona con él para discutir ciertos pasajes de la misma. Poco después, Rodó desde Uruguay indicó que aplaudía su iniciativa de publicar una edición mexicana del **Ariel**. Nombrado diplomático por el gobierno de Huerta en 1913 y destinado a París, fue dejado cesante al ser éste derrocado: casi en el mismo instante en que comenzaba la Primera Guerra Mundial. Luego de varias peripecias pudo huir con su familia a España, donde, entre 1914 y 1920, encauzó finalmente de un modo más formal sus estudios, especializándose en filología en el marco del Centro de Estudios Históricos dirigido en Madrid por Ramón Menéndez Pidal, mientras se ganaba el pan como periodista y

como traductor. Corresponsal “en el extranjero” para los diarios de José Ortega y Gasset, escribía sus notas en Madrid u otros pueblos de España pero simulaba —siguiendo la directiva de la empresa— haberlo hecho en Alemania o China o Japón; durante un tiempo desarrolló una columna popular de crítica de cine (a la que después se uniría Martín Luis Guzmán, compartiendo ambos el pseudónimo de “Fosforito”); siguió de cerca, en calidad de periodista político, la tortuosa vida parlamentaria de la monarquía restaurada, con sus cada vez más frecuentes episodios de violencia política y de conflicto social; tradujo a Lenin entonces, como más tarde a G. D. H. Cole; publicó notas filológicas en la revista del Centro; y comenzó a dar al público sus primeros libros de ensayos —concebidos como trabajos cuyo valor residía sobre todo en su valor estético— y sus primeros poemarios. Empleado, pero también colega y amigo, de Menéndez Pidal y de Ortega y Gasset, pudo integrarse también al mundillo académico de la España de la “edad de Plata” con tanta facilidad como lo hacía a su mundillo literario y artístico. Reincorporado tentativamente al cuerpo diplomático mexicano en 1920 —reincorporación que pronto se volvió permanente—, dio inicio entonces a su largo transitar por las capitales culturales de Europa y América. Representante oficial de México en Madrid entre 1920 y 1924, en París de 1924 a 1926, en Buenos Aires de 1926 a 1930, en Río de Janeiro de 1930 a 1936, en Buenos Aires otra vez de 1936 a 1938, hizo una breve escala parentética en México en 1938, para volver por última vez a Río como diplomático en brevísima misión especial entre 1938 y 1939. A partir de entonces permanecería en México como presidente del Colegio de México desde 1939 (cuando todavía se llamaba Casa de España en México) hasta su muerte en 1959.

Fue sobre todo durante el segundo lustro de la década del veinte y la primera del treinta cuando su perfil de “humanista” moderno o de neo-humanista comenzó a cristalizar plenamente. Ese humanismo, sería lícito argumentar, consistió en cuatro posiciones bien definidas: su defensa de un cosmopolitismo político que debía ser a la vez un cosmopolitismo “nacionalista” (en cierto punto); su énfasis en la importancia de la recuperación de la tradición cultural occidental como parte de una actividad intelectual que mirara hacia el futuro y no al pasado — si se quiere, un tradicionalismo progresista—; su postura en favor del rol de los intelectuales como legítimos conductores de la sociedad y la cultura en las naciones modernas; y su recuperación del modelo de la latinidad clásica y del humanismo renacentista como opciones válidas y productivas para el intelectual contemporáneo. En “Atenea Política”, conferencia pronunciada ante una asociación de estudiantes universitarios en Río de Janeiro en 1932, por ejemplo, había postulado la existencia de dos tipos de empresa cosmopolita, una perimida y del todo ilegítima en el presente que le tocaba vivir, la otra valiosa y aún necesaria para su tiempo. La primera había consistido en el imperialismo en sus dos vertientes: la antigua, de dominio político, de conquista militar; la moderna, de expansión de factorías y de dominio económico. Escribiendo ese año, confiaba, con un optimismo que él mismo reconocería un poco ingenuo sólo seis años más tarde, que los imperialismos de ambos tipos estaban en claro proceso de declive y descomposición. De todos modos, era el segundo tipo de cosmopolitismo el

<sup>1</sup> Ver al respecto: **Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914**, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.



que se proponía rescatar, presentándolo a la juventud universitaria carioca como un modelo de conducta a seguir: aquel de los intelectuales imbuidos, en distintas épocas de la historia, de un sentimiento de *humanitas*:

El segundo tipo de la empresa cosmopolita [...] solo quiere facilitar la circulación del hombre dentro del mundo humano, desarrollar el conocimiento y la comprensión entre los pueblos, la coordinación de los intereses complementarios y la lenta disolución de las fricciones, procurar la concordia y estorbar la discordia. Inútil añadir que este cosmopolitismo es el que aquí nos interesa y al que deseamos porvenir.<sup>2</sup>

Según Reyes, cuatro veces en la historia europea se habría ensayado una empresa cosmopolita como la que él ahora elogiaba: primero en la Edad Media, cuando la cristiandad era concebida como una comunidad universal, y en cuyo seno clérigos y juglares circulaban sin oposición de fronteras, comunicando su mensaje cultural a todos los rincones del continente; por segunda vez en el “Renacimiento humanístico”; por tercera, en el siglo XVIII, en el momento de la Ilustración, cuando las ideas de crítica racional y de regeneración circulaban por toda Europa por el medio de la *lingua franca* del momento, el francés; mientras que el cuarto intento cosmopolita habría sido aquel del romanticismo con sus muchas corrientes en la primera mitad del siglo XIX. Al describir el segundo momento de empresa cosmopolita positiva, había exclamado: “Sus heraldos son ya intelectuales a nuestro modo. (¡Ojalá, en otro sentido, nosotros lo fuéramos al de ellos!)”.<sup>3</sup> El quinto intento correspondía al presente: el cosmopolitismo político, regido metafóricamente por la diosa tutelar Atenea Kurótrofos. A diferencia de los anteriores, este cosmopolitismo político era humano más que humanista, de paz e inteligencia global. “Bordaba”, según Reyes, “sobre el cañamazo del hombre abreviado en su expresión mínima: el hombre en su primer función, que es la de vecino del hombre”.<sup>4</sup> Las clases universitarias —remedo tardío del *Ariel*— habrían estado llamadas a hacerse cargo de la tarea más urgente del momento actual, es decir, de ese momento de entreguerras: el ideal de unificación de la humanidad. El neo-humanismo, en este sentido, se postulaba como una postura que deseaba abrazar a la problemática humana en su totalidad, económica, bélica (reemplazando la guerra por la paz), política. Pero sus portadores serían los intelectuales, las clases universitarias, los detentores de la tradición cultural. Contrario a las vanguardias y tibio en sus entusiasmos por las rupturas revolucionarias demasiado contundentes —veinte o treinta años más tarde, su postura política de los años treinta probablemente hubiera merecido el nombre de “socialdemócrata”—, no por ello reivindicaba una idea de tradición que implicara reacción, regresión, estancamiento. Defensor de la noción de que la cultura humana consistía esencialmente en una continuidad a través del tiempo, en una tradición en su sentido más

etimológico, es decir, en un bien que una generación le transmitía a la siguiente, y así sucesivamente, se apartaba de posiciones vanguardistas no por anti-moderno ni por conservador, sino por considerar que el avance hacia formas más profundas, más desarrolladas del proyecto moderno, exigía una constante reincorporación —y resignificación— del legado del pasado. De allí que le explicara a los estudiantes cariocas:

Todo esto es para deciros que la idea de continuidad, de cultura, de unificación de la inteligencia en el seno de su propia sustancia, nada tiene de común con lo que la gente llama pasatismo, derechismo, reacción y otras nociones de este jaez [...]. No se trata aquí de querer traducir el presente hacia el pasado, sino, al contrario, el pasado hacia el presente. El aprovechamiento de una tradición no significa un paso atrás, sino un paso adelante, a condición de que sea un paso orientado en una línea maestra y no al azar.<sup>5</sup>

La recuperación de la tradición en el presente implicaba una dirección deliberada —encargada, en la visión de Reyes, a los intelectuales, a los *clerics* cuya *trahison* había lamentado Julien Benda— y un proceso de selección. Más aún, era un paso necesario para que el ideal del cosmopolitismo político pudiera cuajar, ya que si no se conocía de donde se venía, si por obra de un esfuerzo deliberado se echaba en olvido esa conciencia del origen, tampoco se podría intuir a ciencia cierta hacia donde se debía dirigir la humanidad en ese momento bisagra de su historia. El anti-intelectualismo, cierto facilismo populista en materia de cultura, le resultaba uno de los mayores peligros del presente, contra el cual la juventud universitaria debía estar prevenida: lamentablemente, eran “los más culturizados” los que con más facilidad se tornaban los caudillos de “esta nueva campaña de la ignorancia”.

El argumento desarrollado en “Atenea política” en 1932 hace sistema con aquel que había articulado algunos meses antes (1931) en relación al segundo milenio del poeta Virgilio y su festejo decretado en México. “Discurso por Virgilio”, publicado en México y también en su periódico literario unipersonal, *Monterrey*, en Río de Janeiro ese año, y reimpresso pocos meses más tarde en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, en Buenos Aires, se propuso demostrar la actualidad de la obra de Virgilio y la pertinencia de la enseñanza de las lenguas clásicas y de su literatura para una política educativa que se pretendía revolucionaria, como la de México entonces. Allí aparecían desarrollados, además de argumentos que permitían vislumbrar con cierta claridad cuál era la relación con la tradición que el ideal nuevo de *humanitas* —enunciado en el texto antes citado— proponía, nociones más claras acerca de la íntima compenetración entre el cosmopolitismo que predicaba entonces y el nacionalismo propio de la Revolución Mexicana. Recordado hoy sobre todo por su frase más célebre —“quiero el latín para las izquierdas”—<sup>6</sup> había declarado también, casi a continuación y siempre bajo la tutela del poeta man-

<sup>2</sup> Alfonso Reyes, “Atenea Política”, *Obras Completas*, Tomo XI, pp.190-191, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 190-191.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 193.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 195-196.

<sup>6</sup> Alfonso Reyes, “Discurso por Virgilio”, *Obras Completas*, Tomo XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 160.

tuano: “quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono”.<sup>7</sup> Posicionándose claramente en contra de los nacionalistas más estridentes (unos meses antes, precisamente, de que se desencadenara en 1932 la lucha cultural de los “nacionalistas” contra la literatura cosmopolita, como aquella defendida por el grupo de la revista *Contemporáneos*) y dejando de lado, deliberadamente y con argumentos quizás no del todo justificables, los elementos indigenistas que habían movilizado la acción cultural de los revolucionarios desde 1911, desarrolló una posición que enfatizaba la compatibilidad entre la recuperación y exaltación de la tradición autóctona, y el pleno desarrollo de un programa educativo —y de una literatura— asentados sobre los ideales de una herencia latina interpretada —de un modo sutil y complejo— como vehículo cosmopolita por excelencia. “Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva —para todos los pueblos— el espíritu nacional”<sup>8</sup> exclamaba, como síntesis de su argumento central acerca de la idoneidad de la tradición latina, de la tradición virgiliana, como portadora de los valores de la patria mexicana. Avanzando su retórica, precisa y elegante, hacia un *crescendo* argumentativo, pasó de una explicación acerca de las razones por las cuáles un conocimiento de Virgilio podía contribuir a mejorar la reforma agraria en marcha (o llevar a una *pietas* aún más intensa para con los próceres que habían cumplido con el mandato de *moenia condere* en relación a la patria mexicana, próceres como el amablemente feroz padre Hidalgo), hacia otra que vislumbraba una suerte de síntesis universal superior de todas las culturas de la humanidad, síntesis para la cual el ideal virgiliano de la *Eneida* podía parecer un anticipo lejano pero pertinente. Merece ser reproducido *in extenso* el pasaje decisivo en que desarrollaba este argumento:

Todos alcanzan algo de la ‘marea de las razas de color’, ‘la hora gris del mestizaje’ y demás frases explicativas que corren ya por los periódicos, y que parecen las nietas de aquella frase del Káiser Guillermo sobre los amagos del ‘peligro amarillo’. Pero esta alta marea de los pueblos postrados —aunque se opere conforme a una ley de combate— será una incorporación. El vencedor absorberá las virtudes del enemigo muerto como sucedió entre Grecia y Roma, cumpliéndose así la pintoresca superstición del salvaje. Del salvaje hoy tan a la moda, aunque ahora con otro espíritu, como lo estaba en los días de Rousseau. Y no veo la necesidad de que, desde América, insistamos en la división del Oriente y del Occidente, el Atlántico y el Pacífico —haciendo así bizquear sin objeto nuestra inteligencia— cuando los dos grandes elementos se están fundiendo en buena hora, para nuestro uso y disfrute americano, en un solo metal sintético. Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en la “raza cósmica” de Vasconcelos; la fe en la “cultura humana” de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado, y de ello podremos prescindir a la izquierda y a la derecha. ¿Que no hay todavía criterio fijo para proceder a esta síntesis sobrehumana?

na? Es cierto, y por eso la humanidad tiene que vivir en crisis por más de un siglo. Pero ya hay signos de amalgama, y un caso notorio es la desobediencia del Gandhi, acto positivo que nada tiene que ver con el orientalismo soñoliento. Sólo el tiempo logrará juntar los ingredientes sometidos a un fuego que no nos es dable intensificar. En el crisol de la historia se prepara para América una herencia incalculable.<sup>9</sup>

Y concluía ese largo apóstrofe sobre la superación de la división Oriente-Occidente entonces en curso, declarando lo siguiente: “Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse en la historia, *americano*”.<sup>10</sup>

Es a la luz de esta concepción neo-humanista, centrada en un americanismo cósmico, en un cosmopolitismo político y en una defensa de la tradición más profunda de la cultura europea (y mundial) como insumo necesario para el progresismo, que se puede entender mejor el papel que Reyes le asignaba a su propia correspondencia. Reyes, que en el mismo texto citado había dicho: “consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo”, veía en la carta un vehículo de discusión intelectual y un elemento intrínseco de su propia obra de escritor. Para él la correspondencia debía ser ambas cosas a la vez. El modelo de los primeros humanistas, el lugar que ellos le asignaron a la correspondencia como práctica cultural y como objeto de cultura, no fue ajeno a la concepción de Reyes. Así como Petrarca, luego de su redescubrimiento del epistolario entre Cicerón y su amigo político Atticus en 1345 —un hecho para el proceso de resurrección humanista del pasado latino tan importante como el redescubrimiento por Poggio Bracciolini del texto del *De rerum natura* de Lucrecio en 1417— buscó elaborar un tipo de escritura epistolar que hiciera de la misiva un vehículo sofisticado para la discusión de ideas y la transmisión de modelos de elegancia literaria, Reyes —que conocía demasiado bien tanto el modelo petrarquiano cuanto el ciceroniano en que se había basado— buscó, en la redacción de sus cartas a colegas, aliados y rivales, elaborar un estilo de escritura que hiciera de las mismas pequeñas obras literarias por derecho propio. El epistolario, al igual que el diario, debía ser una parte intrínseca de su obra intelectual, de su obra en calidad de literato moderno. Para Reyes, la carta exigía ser cuidadosamente cincelada: debía ser redactada con todo el esmero, con toda aquella *limae labor* que Horacio en su carta a los Pisones había recetado para la buena escritura poética. La carta debía ser *un petit traité en prose, un petit poème en prose*...o algo que se le pareciera.

De la correspondencia con otros intelectuales, los epistolarios más antiguos parecen haber sido aquellos con otros miembros de la corriente ateneísta: a partir de 1907 se conservan cartas intercambiadas con Pedro Henríquez Ureña —correspondencia en la cual el rol directivo estuvo mucho tiempo en poder de éste, más que en el propio Reyes, que parecía escuchar con la docili-

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 161.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 172-173.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 173.



dad del alumno (alumno que a veces se retobaba, como cuando lo escandalizó a su maestro declarándole que el primer **Hippias** de Platón no le había gustado nada); a partir de 1909 con Enrique González Martínez (correspondencia que, con largas interrupciones, como ocurre con casi todas las interlocuciones de Reyes, se mantuvo hasta 1952); a partir de 1913 con Martín Luis Guzmán (hasta la muerte de Reyes en 1959); a partir de 1916 con José Vasconcelos —correspondencia nunca demasiado intensa, el intercambio epistolar se hizo muy esporádico a partir de 1926, y solo recobró cierta regularidad mínima en los años 1950, llegando hasta la muerte de Vasconcelos—. Entre otros miembros de esa promoción intelectual que intercambiaron misivas con él, estuvieron también el crítico de arte y pintor Manuel Toussaint (1917-1955), y diversos arquitectos, músicos y pintores. Con sus compatriotas intelectuales un poco menores, aquellos de la llamada generación de 1915 y aquellos del grupo de **Contemporáneos**, la correspondencia también fue más esporádica y distante. De los primeros, se escribió entre 1917 y su muerte con Antonio Castro Leal, mientras que entre 1922 y 1958 mantuvo un contacto epistolar más o menos regular con Daniel Cosío Villegas (contacto que se volvió muy intenso durante el proceso de construcción de la Casa de España en México). Con el “Contemporáneo” Carlos Pellicer la correspondencia ilustra muy bien el cambio en el lugar ocupado por ambos, producto de la inclemencia de los años: desde una postura distante y más bien fría ante el poeta joven que le enviaba misivas jocosas y efusivas, pasó en los años cincuenta a ser él el efusivo, al agradecer las reseñas de un Pellicer ya consolidado en el mundillo de las letras en México, y a despedirse de él en términos como los siguientes: “Te mando una ráfaga de abrazos, te admiro, te quiero, te agradezco, Tuyísimo, Alfonso”.<sup>11</sup> Con figuras más jóvenes o más distantes, solo comenzó cierto intercambio epistolar luego de su regreso a México, como fue el caso de Jesús Silva Herzog (1939-1959), Silvio Zavala (1937-1958), y Octavio Paz (1939-1959). Entre las más amplias y temáticamente diversas con colegas y amigos mexicanos está aquella que será examinada en detalle a continuación: la que se desarrolló a partir de 1916 con Genaro Estrada —con su “Genarísimo”, su “congordo”, su “colegordo”—, densa en materia íntima y en discusiones literarias, y que se mantuvo sin interrupción hasta la muerte prematura de éste en 1937.

Sus desplazamientos por las principales capitales culturales del mundo fueron expandiendo su red de correspondientes, aunque algunas correspondencias se habían iniciado antes de su partida de México, como por ejemplo aquella con José Enrique Rodó, con los hermanos García Calderón, o con ciertos amigos de La Habana. Su paso por Francia creó vínculos epistolares importantes: con Valéry Larbaud, con Jules Supervielle y con Paul Valéry, entre muchos otros; mientras que en España dio inicio a amistades que luego de su partida se continuaron por vía epistolar, por ejemplo con Amado Alonso (sobreviven cartas del período 1928-1952), Luis Cernuda (1932-1959), José Moreno Villa, o Enrique Díez-

Canedo. También mantuvo contacto epistolar con exiliados españoles más tarde, como los filósofos María Zambrano (1939-1959), José Gaos (1939-59), o el historiador Agustín Millares Carlo (1919-1958), entre muchísimos otros.

En cuanto a sus contemporáneos de otros países de América Latina, sostuvo intercambios epistolares con un abanico muy amplio de artistas e intelectuales (además de los ya mencionados). Se escribió cada tanto entre 1914 y 1928 con Vicente Huidobro, a quien conoció en París; han sobrevivido algunas pocas cartas intercambiadas con colegas de La Habana, como Max Henríquez Ureña (el hermano de Pedro), José Antonio Ramos, Jorge Mañach, Fernando Ortiz, y otros. Uno de los epistolarios más ricos es aquel que mantuvo a lo largo de su vida con el filólogo cubano, hispanista destacado, y crítico literario americanista José María Chacón y Calvo (1913-1959). Aparecen allí cartas ricas en anécdotas, llenas de referencias a sus respectivos estudios literarios, con observaciones mordaces sobre sus amigos y enemigos, que destilan la confianza que se profesaban mutuamente.

También mantuvo un contacto epistolar más o menos asiduo con intelectuales del Río de la Plata y de la antigua Gran Colombia. En lo que a nuestra propia región se refiere enumero, simplemente, algunos de sus muchos correspondientes: Leopoldo Lugones, Eduardo Mallea, Ernesto Sabato, Ricardo Molinari, Enrique Larreta, Oliverio Girondo, Adelina del Carril de Güiraldes, Alberto Gerchunoff, Manuel Gálvez, los Fernández Moreno —Baldomero y César—, Arturo Capdevila, Julio Cortázar, Enrique Banchs, José Bianco, Eduardo González Lanuza, Ezequiel Martínez Estrada, Ulises Petit de Murat, Ricardo Rojas, María Rosa Oliver, Roberto Giusti, Arnaldo Orfila Reynal, Raimundo Lida, Jorge Luis Borges y dos mujeres de cierta importancia en su vida, Victoria Ocampo (con quien mantuvo un contacto epistolar entre 1927 y su muerte en 1959) y la uruguaya Juana de Ibarbourou (a quien conoció en 1928, y con quien entretuvo una correspondencia bastante íntima en ocasión de una crisis matrimonial de ella). En cuanto a la antigua Gran Colombia, dos correspondientes fueron especialmente importantes: el colombiano Germán Arciniegas, y el venezolano que lo consideraba su “maestro”, Mariano Picón Salas.

## El diálogo de dos humanistas: Alfonso Reyes y Genaro Estrada 1916-1937

De todos los epistolarios individuales de Reyes, uno de los más útiles para el análisis dedicado a explorar el rol de la correspondencia intelectual en la elaboración de la trayectoria de un letrado, quizás sea aquel desarrollado en interlocución con Genaro Estrada. Aunque la muerte temprana de éste determinó que el período cronológico abarcado fuera menor al de otros epistolarios (1916 a 1937), la intimidad de la amistad entre ambos, las múltiples resonancias entre sus respectivos proyectos intelectuales y la adscripción de ambos a la misma carrera diplomática durante largos años (en algunos de los cuales Estrada fue el superior de Reyes) permite una comprensión más rica y matizada de los usos de la correspondencia intelectual al cotejar sus páginas que en el caso de otras series

<sup>11</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Pellicer, 23 agosto 1956”, **Carlos Pellicer/Alfonso Reyes Correspondencia 1925-1959**, México, Ediciones del Equilibrista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 57.

semejantes. Genaro Estrada, a diferencia de Reyes, ha sido consignado a un muy discreto lugar menor dentro del canon de las letras mexicanas. Si se comparan los dos delgados volúmenes de las obras completas de Estrada con los 26 tomos de aquellas de Reyes (incompletas, realmente, dada la enorme cantidad de artículos ocasionales y escritos sueltos que no fueron incluidos y que siguen siendo objeto de la atención recopiladora de historiadores y críticos literarios), salta a la vista la diferencia que los separa en cuanto a su mero impacto físico en el campo intelectual mexicano: la incongruencia es abismal. Reyes, aún sin ninguna obra individual de envergadura que haya permanecido como un clásico (Borges, a través de Henríquez Ureña, lo impulsaba a que escribiera una para remediar esa situación) modificó el modo de escribir prosa en castellano: fue autor de una auténtica *revolución* estilística. En cambio, si el **Pero Galín** de Estrada alguna vez ha merecido la reedición, no hay nada en el conjunto de sus escritos —muy inteligentes y agudos, por cierto, y que deparan mucho placer en su lectura— que haya tenido un impacto siquiera remotamente semejante. El rol de Estrada en la cultura de su época fue sin embargo más central de lo que a veces se recuerda. En los años cuando Reyes estaba alejado de México por causa de sus tareas diplomáticas, Estrada fue impulsor de varias iniciativas editoriales y revisteriles que cambiaron el paisaje de la literatura mexicana. Y es quizás este aspecto de su actividad letrada, junto con la agudeza de su ingenio, aquello que contribuyó a convertirlo en un interlocutor tan apropiado para Reyes.

Nacido en 1887 en Mazatlán, Sinaloa (como Reyes, norteño), hizo sus estudios y comenzó su carrera como periodista en su provincia natal. Fue la Revolución la que lo llevó en 1912 a la capital, donde el maderismo que él había apoyado con su pluma lo premió con un cargo en la burocracia nacional. Allí, junto al poeta posmodernista (y antimodernista) Enrique González Martínez, fundó la revista literaria **Argos**, que duró solo 6 números. Incorporado a la administración de la Escuela Nacional Preparatoria y a la docencia en 1913, su carrera posterior estuvo marcada por los vaivenes de la contienda revolucionaria. En medio de las sucesivas ráfagas políticas de la misma se fue labrando, sin embargo, un perfil como hombre de letras — escritor, poeta, e impulsor de iniciativas culturales—. En 1916 publicó su primer libro, una importante antología de **Poetas nuevos de México**. En 1917 fue redactor de la revista literaria **Pegaso**, y en 1919 colaboró en la **Revista Nueva**. El año 1920 lo encontró inmerso plenamente en la lucha militar en defensa del presidente constitucional Obregón, pero vio también la publicación de su primera traducción, de un libro de Jules Renard. Al mismo tiempo que desarrollaba esta intensa actividad, comenzó sus trabajos de historiador colonialista, labor que lo acercaría al sector neocolonialista de las promociones culturales mexicanas de los años 1920, al tiempo que lo consagraba como un importante acólito de Clío. En 1921 tareas al servicio del Estado revolucionario lo llevaron a su primer viaje europeo. Ese mismo año ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde desarrolló una intensa actividad como oficial, subsecretario y secretario, y también como embajador, hasta 1935. En 1921 también fundó la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos,<sup>12</sup>

responsable de algunas lujosas reediciones de obras raras y curiosas en tiradas mínimas (una de las primeras entregas constó de una impresión de tan solo 6 ejemplares). En 1926 publicó en México su novela **Pero Galín**, y en 1928 su primer poemario (ilustrado por Gabriel García Maroto), **Crucero**, que fue favorablemente comentado por Jorge Luis Borges. Subsecretario de Relaciones Exteriores entre 1923 y 1930, alcanzó la cima de su carrera con el nombramiento como Secretario de Relaciones Exteriores,<sup>13</sup> cargo que ejerció entre 1930 y 1932. Durante casi una década —década decisiva para la formación intelectual y para la elaboración y proyección de la figura pública de éste— Estrada supo ser, pues, el protector y “amigo en el poder” de Alfonso Reyes, desprovisto casi totalmente de apoyos concretos en México por culpa de la desgracia política de su familia huertista. En 1928, por otra parte, fue su dinero el que hizo posible la aparición y perduración durante cuatro años de la importantísima revista literaria **Contemporáneos** (lo más parecido a un proyecto del tipo “**Sur**” que conoció México). Coleccionista incansable de pintura moderna, conoció a Picasso por azar en una galería de París mientras buscaba obras de este pintor —en una época en la que eran sólo apreciadas por los más iniciados en los arcanos del mundo de las artes plásticas—, y publicó más tarde, en 1936, el estudio que terminó de consagrar al pintor en México, **Genio y figura de Picasso**. Crítico literario atento al oleaje más moderno del mar de las letras, entrevistó a D. H. Lawrence cuando este estuvo en Oaxaca, y supo contrastar (en 1925) la verdadera “revolución” en los procedimientos literarios de James Joyce, con el “sonido y furia” tan vacío (según él) de la “revolución suprarrealista” de André Breton y compañía. Sus últimos libros, póstumos, fueron sendos textos de bibliografía dedicados respectivamente a México —**Nuevas notas de bibliografía mexicana** (1954)— y América latina —**Bibliografía de Goya** (1940)—.<sup>14</sup>

La condición fundamental que rigió todo el intercambio epistolar entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada fue el respeto irrestricto que se profesaban entre sí —admiración mutua y profunda— y la confianza igualmente ilimitada, ciega, que cada uno supo depositar en el otro. Ya en la primera carta que se ha conservado, escrita por Reyes para agradecer el envío de la antología compilada por Estrada, **Poetas nuevos de México** (Ediciones Porrúa, México, 1916), el filólogo regiomontano exclamaba: “Gracias por el libro, gracias por la dedicatoria, gracias por esa efusiva página que me dedica. [...] Ha realizado Ud. una obra verdaderamente admirable. [...] Merece Ud. bien de la literatura americana”.<sup>15</sup> Trece años más tarde, ese inicial reconocimiento ya se había expandido hasta alcanzar una efusiva declaración admirativa, reiterada, con leves variantes, en toda la correspondencia que le dirigió hasta la misma víspera de su muerte:

<sup>13</sup> En la nomenclatura estatal mexicana, “Secretario” corresponde al cargo que en Argentina se designa “Ministro”.

<sup>14</sup> Que extrañamente no ha sido incluida en su **Obra completa** recopilada por Luis Mario Schneider en 1988.

<sup>15</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 3 diciembre 1916”, **Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada**, Tomo I, México, El Colegio Nacional, 1992, p. 21.

<sup>12</sup> Con el escritor veracruzano Joaquín Ramírez Cabañas (1886-1945).

Lo admiro y quiero cada vez más, único ser continuo en el caos de nuestras veleidades, pitagórico barrigón [...] La energía feliz de todos sus actos, trabajos, escritos, versos, encuentros con los hombres, es algo que me conmueve y conforta. Waldo acaba de llegar, y a través de él he vuelto a sentir esa ola tutelar que Ud. derrama sobre la vida.<sup>16</sup>

Estrada a su vez le manifestó siempre admiración y simpatía, sentimientos que fueron intensificándose con el correr de los años. Luego de la recepción, a comienzos de 1928, de la larga carta-crónica "número 8", una de las más importantes de la serie de más de 15 enviadas por Reyes durante los tres años de su primera embajada en Argentina, Estrada exclamaba: "Oh qué amenidad y cual portento de carta No. 8. Se la leeré, mañana, viernes, al Presidente. Sí, no asustarse, se la leeré y la comentaré".<sup>17</sup> El presidente en cuestión era Plutarco Elías Calles, de quien Estrada decía haberse hecho tan amigo que el primer mandatario y jefe supremo del "Maximato" le confiaba "indiscreciones". (Las opiniones de Estrada sobre la obra literaria de Reyes fueron siempre de un entusiasmo desbordante, como lo fueron las de éste sobre las obras poéticas e históricas del primero). De un modo aún más contundente, el 10 de marzo de 1928, en una nota confidencial, Estrada le había hecho la siguiente declaración a Reyes, luego de una larga respuesta a distintas cuestiones literarias, políticas y diplomáticas planteadas por el embajador en Buenos Aires:

Sé lo que hago. Sé también que usted es la mejor figura literaria que ha producido México, incluidas todas las glorias de antología, sé que dentro de más o menos años no habrá quien me niegue mi opinión, y sé, sobre todo, que he tenido la suerte de ser su amigo, y que esto ya nadie me lo quita.<sup>18</sup>

Por la misma naturaleza de su relación profesional, la cuestión más sistemáticamente abordada fue aquella de las labores propias de la diplomacia. Las cartas dirigidas por Reyes a su superior, desde Francia, Argentina o Brasil, abundan en cuestiones administrativas y logísticas: la carestía de la vida y la exigüidad de los sueldos; el estado edilicio —juzgado siempre inadecuado— de la embajada y de la residencia del embajador; los gastos incurridos en cenas, mobiliario, dependientes; los pedidos de ascenso o traslado, o de aumento de sueldo, de los demás oficiales de la carrera diplomática que servían bajo su mando, entre otras cuestiones logísticas semejantes permean la correspondencia. Luego de haber estado en la Embajada en París, la situación edilicia de la de Buenos Aires, primero, y de la de Río, después, le pareció desastrosa. En Buenos Aires uno de sus logros fue conseguir autorización para comprar, como auto oficial, un *Cadillac*. Nos enteramos en esas cartas de cómo era el carácter y situación personal de los distintos funcionarios y empleados de la Embajada.

Descubrimos, por ejemplo, que la mujer de Rafael Fuentes (la madre del escritor, Carlos) pertenecía a la categoría de "mujer mexicana intrasladable, que se entontece en el extranjero y agarra lo de 'Yo quiero irme con mi Mamacita'",<sup>19</sup> y que sufría de "poca salud, achaques propios, complicacioncillas, nostalgia, tristeza, reclusión voluntaria, melancolía crónica [...]" y "que no hay quién la saqué de esta postración".<sup>20</sup> La correspondencia abunda en retratos más detallados aún de los funcionarios, con observaciones acerca de su condición social y de sus extravíos psicológicos —problema este último, al parecer, inherente a la carrera.

En relación a la labor diplomática, la correspondencia sirvió para comunicar información y apreciaciones de mayor importancia: referencias a la imagen de México en los pasillos del gobierno argentino y en la prensa —Reyes dedicó mucho tiempo y esfuerzo a rebatir los ataques virulentos lanzados por la prensa católica contra México—, intentos por identificar los amigos de su país en las altas esferas —el ministro Sagarna bajo la presidencia Alvear y el ministro Oyhanarte bajo la de Yrigoyen aparecen señalados como amigos de México, sobre todo el primero; en el ámbito castrense los generales Baldrich y Mosconi reciben idéntica aprobación—, y los enemigos —el general Agustín P. Justo, en quien Reyes veía un golpista en potencia desde el momento en que escuchó su discurso en la inauguración de la estatua de Mitre en 1927, y diversas otras figuras del ámbito de gobierno—. Convencido de que su tarea era, en tanto representante de México, dar a conocer los valores culturales de su nación, valores que se identificaban, también, con el espíritu de la Revolución Mexicana, las cartas enviadas a Estrada documentaban con cierto lujo de detalles los eventos musicales, teatrales, literarios, las muestras pictóricas y las exhibiciones de cine, protagonizados por artistas de su país. En Brasil acogió en la embajada mexicana a la familia presidencial (derrocada) en calidad de refugiados políticos luego de la llamada revolución de 1930, pero supo trazar buenas relaciones con el nuevo presidente Vargas, a tal punto de ser invitado a sesiones privadas de cine en el palacio presidencial. Ese acercamiento a figuras clave en la política brasileña le permitió actuar decididamente contra las barreras del idioma, para, contra la tradición eurocéntrica del Brasil, promover contactos culturales con su país (una vez más, en todos los planos, desde el cine y las artes plásticas hasta la tarea de mutua traducción de obras literarias).

Fusionando su deber profesional con su vocación electiva, pues, las cartas de Reyes a Estrada (pero también las respuestas de éste) contenían abundantísimas referencias a la obra literaria de ambos y a la situación específica de los medios culturales en que les tocaba operar. Tanto para el caso de Brasil como para el de Argentina, Reyes elaboró una cartografía general del estado del campo literario y artístico, y fue enriqueciendo la información allí contenida con noticias puntuales frecuentes y agudas. En sus pri-

<sup>16</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Reyes a Estrada, 25 septiembre 1929", *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, Tomo II, México, El Colegio Nacional, 1993, p. 228.

<sup>17</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Estrada a Reyes, 26 enero 1928", *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 103.

<sup>18</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Estrada a Reyes, 10 marzo 1928", *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 113.

<sup>19</sup> Serge I. Zaitzeff, (comp.), "Reyes a Estrada, 7 octubre 1931", *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, Tomo III, México, El Colegio Nacional, 1993, p. 180.

<sup>20</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Reyes a Estrada, 3 octubre 1931", *Con leal franqueza*, Tomo III, *op. cit.*, p. 178.

meras cartas desde Buenos Aires había identificado a las principales publicaciones —**Nosotros** (Reyes y Estrada coincidían en ver en esa revista, aunque valoraban su esfuerzo, un medio algo anticuado), **Valoraciones** (el grupo Renovación, asociado a la revista, le había parecido a Reyes “medio bolchevizonte”), las revistas de vanguardia, etc.—, y ofrecido información precisa acerca de la situación de ciertas instituciones y escritores. Fue en su carta número 8, sin embargo, donde intentó trazar un panorama detallado del ambiente cultural porteño. Allí aparecían retratos detallados de Enrique Rodríguez Larreta y sus allegados (como Carlos Noel), de Manuel Gálvez, de la sociabilidad de la revista **Nosotros**, de la sociedad “Amigos del Arte”, de Alberto Gerchunoff, de la ceguera del padre de Jorge Luis Borges, y de las dos musas rivales de la cultura argentina, Nieves Gonnet de Rinaldini y Victoria Ocampo. De Gálvez, que despertaba en él — como todos los escritores de derecha— una profunda antipatía, decía: “[...] es una verdadera lata. Es sordo, chato, algo moreno, afeitado, y con uno de esos lunares negros cerca del labio inferior, hacia la izquierda. Cuando se pone nervioso — con frecuencia— frunce la boca y se chupa el lunar”.<sup>21</sup> Explicaba también a Estrada que la esposa de Gálvez, Delfina Bunge, padeció un mal por el cual “si Don Manuel entraba en su esposa, su esposa podía morir”. Ello había llevado a que reinara “la castidad en el hogar”: “Pero la esposa, que es una santa, le dijo a Gálvez que le daba permiso de practicar el adulterio, por razones de higiene”. Gálvez había aprovechado a tal punto el permiso que estaba ahora convertido en un “Tenorio”: eso sí, un “Tenorio de maestritas”. Terminaba Reyes su retrato del sujeto que le era evidentemente tan desagradable con un: “Pouah!”.<sup>22</sup>

En esa misma carta-monografía, Reyes comenzó a elaborar una interpretación del ambiente literario porteño que luego iría profundizando en misivas posteriores (así como en las páginas de su diario y en varios de sus ensayos de la época). A diferencia de lo que creían muchos contemporáneos argentinos, la literatura, según Reyes, gozaba de cierto prestigio —“tiene aquí cierta dignidad y cierta aceptación en el mundo social”—, y si ese prestigio era fundamentalmente externo y de figuración social un poco frívola, ese mismo hecho podría quizás colaborar para impulsar su desarrollo: “Aquí el snobismo social es una fuerza positiva, que el arte puede aprovechar”.<sup>23</sup> Ha sido señalado por numerosos estudios el creciente desencanto que lo fue embargando a Reyes en relación al medio literario argentino, como consecuencia de ver cómo las intrigas, rencillas y mezquindades aún entre los literatos más jóvenes —en quienes había depositado su esperanza para su buen éxito— iban malogrando proyectos como la revista **Libra** o (en menor medida) los **Cuadernos del Plata**. Pero lo que emerge de la lectura de la correspondencia con Estrada y con otros —juicio que el diario privado refrenda— es que ese desencanto nunca pudo ser muy grande, ya que el encantamiento inicial no parece nunca haber sido tal. La vida cultural argen-

tina reflejaba —y potenciaba quizás— rasgos negativos que afectaban a la sociedad en su conjunto: la fascinación por las apariencias, cierta frivolidad ambiente, cierta pacatería anacrónica.<sup>24</sup> El pudor elogiado por Borges, la simplicidad doméstica de una Buenos Aires de contenidos fervores que el argentino celebraba, le parecían a Reyes signos de falta de imaginación y de *élan* creador y vital: la sociedad argentina se le antojaba demasiado próspera como para ser profunda y ello, creía, se dejaba traslucir en su literatura y su arte. Algunos escritores jóvenes —y Jorge Luis Borges— se salvaban a medias de esa situación. Solo Ricardo Molinari escapaba del todo a la influencia negativa del ambiente. Y desde el punto de vista de las relaciones culturales entre México y Buenos Aires, otro rasgo de la vida literaria argentina resultaba aún más negativo: “[...] para los argentinos no existe más que la Argentina o lo que halaga a la Argentina. Ahora bien: a los argentinos todavía no les halaga ser conocidos en México; sólo en Europa. Es gente muy encerrada en su ciudad, Genaro: la gente más rara que he encontrado en el mundo. Hay algo aquí triste y angosto que yo no puedo definir”.<sup>25</sup>

Reyes transmitió a Estrada noticias detalladas también acerca del panorama literario de Brasil, aunque necesitó un año y medio de inmersión en el nuevo espacio lingüístico para poder hacerlo. El 21 de febrero de 1931 le envió a Estrada un mapa detallado del campo literario brasileño, al que dividía en cinco grandes zonas, identificadas con la terminología ideológico-política de centro, izquierda y derecha. Según Reyes, en su “síntesis geométrica de la actual literatura brasileña”, la falla principal, la rémora casi imposible de superar, era la falta de un “centro”: “Como el corazón es nulo, todo el organismo es escuálido”. No parece, en esta época al menos, haber tenido un conocimiento demasiado detallado de la historia literaria brasileña, y en consecuencia ésta se le antojaba sin un anclaje fuerte en una tradición previa, y por ende dispersa hacia los dos extremos —que él identificaba confundiendo, quizás a propósito, valores políticos con los propiamente estéticos— de derecha e izquierda. En el “centro derecha” ubicaba a la Academia Brasileira: “sitio para figurones políticos o para literatura atrasada aunque decente, tipo Gustavo Barroso, Afrânio Peixoto y Tristán da Cunha”. Sólo por equivocación le parecía que estuviera también allí un poeta que era para él “de interés”: Guilherme d’Almeida. En la “extrema derecha” se situaban los escritores que hacían ostentación de su militancia católica, militancia llevada al plano político y social, como Jackson de

<sup>21</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 8, 15 diciembre 1927”, *Con leal franqueza*, Tomo II, op. cit., p. 81.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>24</sup> La libertad sexual que la Revolución Mexicana había contribuido a promover —como ha sostenido Carlos Monsiváis— era para Reyes una de las conquistas más modernas —y por ende valiosas— de la misma. Por eso, cuando se enteró en Buenos Aires del contenido del nuevo proyecto de Código Penal en su patria, no pudo contener el estallido, escribiéndole a Estrada lo siguiente: “Pésima impresión causan en los periódicos las noticias sobre esos preceptos absurdos y bárbaros del proyecto de Código Penal nuestro, en que se exculpa de homicidio al cónyuge que mata al adúltero *in fraganti* o al padre que mata a la hija o al seductor. ¿Para eso hicimos la Revolución? ¡Oh manes de don Pedro Calderón de la Barca! Dígame por favor en qué para esto, que no me tiene nada contento. Yo creí que ya había permiso de joder en el siglo que vivimos”. Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Confidencial y personal, 9 octubre 1929”, *Con leal franqueza*, Tomo II, op. cit., p. 242.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 237.



Figueiredo. Éste, según Reyes, había sabido presentarse “con una filosofía organizada y fuerte, algo *Action Française* de Maurras y algo de Santo Tomás de Maritain, y congregó a jóvenes a quienes dejaba en el aire el paganismo verbal y el naturalismo vestido à la *garçonne* del pobre maestro Graça Aranha (última víctima del europeísmo que muy tarde quiso volver por sus fueros americanos)”. El escritor más interesante en esta región del campo literario era Alceu Amoroso Lima/Tristao d’Athayde: “uno de los más consistentes críticos de la América Latina, el más sincero y claro, el más crítico de veras, el más culto, aunque siempre algo profesor y de repente un tantico provinciano en sus disquisiciones ideológicas”. Si bien parecía subordinar siempre la cuestión literaria al catolicismo militante, no era sin embargo “un retrógrado estúpido”: “Su ideal está más bien en lo que Belloc y Chesterton llaman el ‘distributismo’: le recomiendo esta utopía para poetas”.<sup>26</sup> Según Reyes, aunque muy joven, ya tenía proyección en París, mientras que en Brasil animaba al grupo que publicaba **As Novidades Literárias**, “imitadas de **Les Nouvelles**”.<sup>27</sup> El “centro izquierda” le resultaba menos interesante, a excepción —parcial— de su amigo Ronald de Carvalho, “hombre el más universal”. Este espacio estaba ocupado, opinaba, por “los hijos espirituales de Graça Aranha”, autor “que quiso ser la trompeta del arte nuevo y, cuando volvió de Europa a hacer sus manifiestos en Sao Paulo, ya el tiempo lo había dejado atrás”. Aquí situaba también al grupo de la revista “decorosa” **Movimento Brasileiro** de Renato Almeida. Todos ellos, Ronald incluido, adolecían de cierto “estetismo exangüe”. La “extrema izquierda”, finalmente, le deparaba tan solo una ocasión para la ironía. Constituida por Osvaldo [sic] de Andrade y su grupo paulista de “los antropófagos”, su ideal era americanista pero, para Reyes, un poco inquietante:

Retorno a lo autóctono, amor a lo natural sanguinario y violento; al salvaje, no dulce como en Rousseau, sino caníbal y cruel. Moral peligrosa, vidas arriesgadas. El símbolo de la devoración del prójimo, de lo próximo, abarca toda su ideología del mundo. Americanismo rabioso y agresivo, pero con lenguaje imbuido de técnicas europeas a la moda. Grupo descamisado, brillante y estéril. Andrade me confesó que acaba de ponerse al servicio del comunismo de Moscú para ayudar a desarreglar el mundo y procurar así la ocasión de la vuelta a la antropofagia.<sup>28</sup>

La información sobre el ambiente literario brasileño se enriqueció con referencias más puntuales a escritores individuales, algunos en su “síntesis geométrica”, otros no (como Cecilia Meirelles),

y a los literatos extranjeros que recalaban en las playas brasileñas. Comentó la visita de Henri Michaux al país y le contó que lo había llevado a Paul Morand, en Río desde el 25 de agosto de 1931, a almorzar en una fonda de marinos, a visitar el Museo Histórico “(que nadie visita y vale mucho)” y a ver la floresta de Tijuca. Piensa acompañarlo a visitar las ciudades barrocas de Minas Gerais (“Ouro Preto, Diamantina, etc.”) y a ver las esculturas del Aleijadinho. Un par de meses después le completó el relato de la visita de Morand a Río, en reacción al texto que el escritor francés había publicado en su libro **Air indien**, titulado “Saudades du Brésil” (París, Grasset, 1932). La excursión a Nicheroy para asistir a una sesión de macumba, descrita por Morand, era, según Reyes “una pura fantasía”. Por cobardía pura, no había querido asistir en persona al ritual, y por eso basaba su relato sobre lo que le habían contado sus compañeros latinoamericanos. Le explicaba Reyes a Estrada:

empezó a ponerse asustado en plena carretera. Il avait une peur bleue. A duras penas, logramos detenerlo el pintor Cícero Dias y yo, que nos quedamos acompañándolo, con el auto, en plena carretera, mientras otros de los nuestros subieron montaña arriba, a pie, a descubrir el escondrijo de la macumba. Morand creía, positivamente lo creía, que habían matado a nuestros compañeros y se los estaban comiendo, crucificados boca abajo y cosas así. Y a toda costa quería que regresáramos al pueblo, abandonando a los compañeros. Los brasileños, que al fin y al cabo son también iberoamericanos, no han podido menos de considerar con cierto escepticismo la literatura de este hombre, en punto de aventuras exóticas. Resultado: no hubo medio de hacer que Morand subiera a ver la macumba: no la vio.<sup>29</sup>

Otros visitantes extranjeros mencionados por Reyes fueron los franceses Fernand Baldensperger —el antiguo colaborador de Paul Hazard en la **Revue de Littérature comparée**—, en Río para dictar un curso sobre Balzac (excelente, según Reyes), el pintor Henri Foujita (franco-japonés, muy amigo de Reyes y entonces en la cima de su fama), y distintos miembros cultos de la colonia diplomática, como Ventura García Calderón —autor al que le tributaba gran admiración—, en calidad de embajador del Perú en 1932, y mexicanos diversos.

Reyes era escritor-artista — poeta, narrador, ensayista estético—, pero también era un intelectual público ávido de interpretar la sociedad de su época y de dejar su marca, si pudiera, en la marcha política de su propio país. Un tercer tema importante en la correspondencia con Estrada fue, por ende, el análisis detallado de la cultura y de la sociedad de los países a los que su labor diplomática lo acarrearba, análisis de gran agudeza sociológica. En el caso de la Argentina, es posible que la interpretación hecha por Reyes haya sido el insumo original del pensamiento de José Ortega y Gasset sobre nuestro país, cuyos escritos sobre la situación y destino argentinos tuvieron repercusión tanto mayor. Con ojo de sociólogo e historiador, Reyes intentó explicar para sí mis-

<sup>26</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 21 febrero 1931”, **Con leal franqueza**, Tomo III, *op. cit.*, p. 113.

<sup>27</sup> Cabe señalar que ese entusiasmo por las dotes intelectuales de Tristao d’Athayde muy pronto se vio empañado por el rechazo que le provocaban las actitudes reaccionarias del mismo: “Tuve la inevitable historia con Tristao de Athayde: no se puede ir a ninguna parte con los conservadores fanáticos. Se aprovechó de conversaciones privadas mías, literarias, para — formando las ideas a su modo— escribir un artículo de ataque a México [...]. Amigos suyos como el correctísimo Prudente Moraes Neto (¡el nombre es ya un programa!) estuvieron de mi parte”. En “Carta de Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 6 marzo 1932”, incluida en “**Cartas fluminenses: Reyes en Río 1930-32**”, **Revista de la UNAM**, n° 460, México, UNAM, Mayo 1989, p. 14.

<sup>28</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 21 febrero 1931”, **Con leal franqueza**, Tomo III, *op. cit.*, p. 113.

<sup>29</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 12 enero 1932”, **Con leal franqueza**, Tomo III, *op. cit.*, p. 208.

mo y para su gobierno las señas particulares de la sociabilidad argentina de los años 1920. En la carta no. 8 —obra maestra de toda esta serie epistolar— había comenzado su descripción con el siguiente retrato, que deslizaba su convicción acerca de cierta crisis, de cierta casi intangible decadencia, del espíritu argentino:

Tierra 'morne' y gris, ésta de las pampas. Paisaje espiritual como el otro: sin accidentes. Gente burguesa y bien hallada, que no quiere pensar en las injusticias del mundo ni en las vastas inquietudes interplanetarias. Todos vestidos de oscuro, sin imaginación, y con pocas ideas, porque eso interrumpe la digestión. Nada más lejano del argentino actual que el clásico rastacueiro —esa delicia. Gente bien inclinada, pero material, sin heroicidad. Más venturosa que laboriosa. Sólo es heroica en una cosa: en el ajetreo, morbosos, de la vida social [...] <sup>30</sup>

A continuación buscó ensayar una suerte de radiografía de las distintas capas de la sociedad, dividiéndola en tres: “los de abajo”, “los de en medio” y “la aristocracia”, aunque reconocía explícitamente no tener ningún conocimiento directo acerca del modo de vida de los de abajo. Se preguntaba, en referencia a esta zona de la sociedad, si las letras de tango darían, o no, una imagen fehaciente de la misma: “Los compadritos amargos que muelen tangos en los organillos a la luz del farol apache, probablemente son muy pintorescos e interesantes, pero confieso que aún no bajo hasta esos fondos”, a pesar de su amistad con “los martinfierristas”. <sup>31</sup> Concluía al respecto que temía “que el tango exagere demasiado, y pinte, como es de esperar, más un ideal (¡vaya ideal!) que una realidad”. <sup>32</sup> En cambio, sobre los de en medio tenía elementos más concretos para formular un diagnóstico. De ellos decía:

gente triste, producto de la inmigración. Todo inmigrante es un náufrago. Puede ser fuerte, pero nunca llega hasta la alegría. Todo inmigrante, además de náufrago, es un Eneas que se ha dejado a la espalda una ruina, una ciudad quemada, una familia perdida, una historia de presidio o de fracaso. Está triste por eso. <sup>33</sup>

La ciudad, cuyo tono era para Reyes, se sobreentiende, el que le daba la clase media, terminaba siendo un poco melancólica y hasta tétrica:

El resultado de todo esto es una ciudad triste, de calles tristes, estrechas y muy iluminadas, donde todos observan demasiado al transeúnte, y donde no se puede pasar con una señora a ciertas horas de teatros, porque el barrio toma un aire de sitio para hombres solos, de mal lugar. Cosa poco agradable. <sup>34</sup>

Peor aún, la ciudad era un enorme panóptico: “La ciudad tiene un chismerío de aldea; se investiga la vida de todos, y se le pide cuenta al hombre hasta de sus placeres más secretos”. <sup>35</sup> La capa más

alta de la sociedad, “la aristocracia” o patriciado, llevaba la marca de su formación reciente, a la que se añadía la indefinición que la naturaleza magmática de la sociedad argentina le otorgaba a todas las divisiones sociales. Le explicaba a Estrada:

La aristocracia se forma de hijos y descendientes de los hombres que, hace sesenta o, a lo sumo, cien años, se enriquecieron en las estancias, o tomaron parte en la vida pública. Este grupo social se llama de los ‘patricios’. Es difícil distinguirlo. Sólo un argentino puede saber quién es aquí la verdadera crema. Imposible, con los módulos normales de pensamiento, orientarse aquí por entre los niveles y capas sociales, y saber dónde empieza y acaba cada uno. <sup>36</sup>

Las cartas contienen, esparcidas entre sus cerca de mil páginas, muchas observaciones de carácter más anecdótico que, sin embargo, le parecían a Reyes captar ciertos aspectos, o al menos ofrecer cierta clave de interpretación, de la sociedad argentina. En esta misma carta no. 8 observaba, siguiendo una indicación de Pedro Henríquez Ureña, que la orientación del plano de la ciudad de Buenos Aires podía sugerir ciertas peculiaridades de la gente rioplatense:

Sucede con esto [Reyes se refiere a la sociedad] como con el plano de Buenos Aires que venden en todas las librerías: imposible acabar de entenderlo para nosotros. ¿Por qué? ¿Habría, pues, como cree Pedro Henríquez Ureña, una incompatibilidad esencial entre la gente orientada hacia el polo norte y la orientada hacia el polo sur [...]? Pues verá Ud. por qué, la razón es muy sencilla: porque el plano de Buenos Aires tiene el Norte ¡a la derecha!, en lugar de tenerlo arriba del papel. Y lo peor es que nadie se ha dado cuenta de que en esto, la tierra Argentina es diferente del resto del mundo. Para mí, este detalle es algo trascendental, y que explica muchas cosas misteriosas y extrañas. <sup>37</sup>

El plano —que no casualmente llamaba la atención del autor de **El plano oblicuo**— ofrecía una vía hacia la comprensión de los misterios de la sociedad porteña o argentina.

La sexualidad de las mujeres rioplatenses podía ofrecer otra. El rol de las mujeres en la sociedad (y en la cama) fue —evidentemente— una cuestión que inquietaba a Reyes. En un clima intelectual marcado por el impacto de Freud y por la búsqueda de mayor libertad expresiva por parte de autores como Joyce, Proust o Lawrence, la discusión abierta de temas sexuales se había convertido en algo legítimo, al menos para los escritores e intelectuales. Buscó, por consiguiente, luego de su llegada a la Argentina, elaborar para sí mismo (y para su corresponsal Estrada) un análisis de la especificidad de ese aspecto en la Argentina, sobre todo en lo que al mundo literario y cultural se refería. La siguiente anécdota enviada a Estrada es representativa del tipo de información que buscaba recoger Reyes — cuya inteligencia partici-

<sup>30</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 8, 15 diciembre 1927”, *Con leal franqueza*, Tomo II, op. cit., p. 76.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 76-77.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> *Ibidem*.

<sup>37</sup> *Ibidem*.



paba de la curiosidad sexual de la época—. Habiéndose encontrado en una fiesta con la actriz italiana Vera Vergani —actriz de cine mudo y de teatro (formó parte del elenco que representó por primera vez en el mundo los **Seis personajes en busca de un autor** de Luigi Pirandello)—, tuvo la siguiente conversación:

Anoche se abrió la capa, haciéndome la censura de la poca libertad de la vida argentina, cuyos efectos ella cree que son desastrosos en las mujeres. Dice que se le ve en la cara la desesperación sexual, y me contó historias de tortillería como para surtir de tortillas a toda la nación mexicana. Educadas desde niñas en la teoría mística cachonda de que la actriz es una providencia sexual (tal es la teoría que Vera me explica) estas mujeres caen sobre ella en forma que no la dejan descansar. La asaltan dentro de su casa, se le meten en la cama, y se frotan contra ella por donde quiera que puedan abordarla.<sup>38</sup>

(Reyes concluyó con la siguiente advertencia: “Por favor, Genaro, no le cuente Ud. estas historias al Sr. Presidente Calles”). Anécdota sin duda (y de dudoso valor como dato *representativo*); pero cada anécdota, por más frívola o insignificante que fuera, le parecía, por su potencial valor heurístico, digna de registro a Reyes, ensayista con atisbos de sociólogo, y funcionario al servicio de un régimen que era expresión de una *revolución* cuyo alcance él interpretaba como más amplio que el específicamente político o social (si bien la no reelección, o la reforma agraria que desembocó en la legislación sobre el ejido, no podían sino ser reconocidas por él como conquistas fundamentales). Si, como pensaba Reyes, los efectos más profundos de la Revolución Mexicana habían sido aquellos que impactaron sobre los modos de ser y de entender de los mexicanos, sobre el entramado cultural de su vida, con ramificaciones que afectaban desde las artes plásticas y la arquitectura hasta la música, desde los nombres de pila y los prejuicios de clase hasta la libertad sexual, un análisis profundo y abarcativo de la cultura de aquellos países hacia los cuales México deseaba exportar, si fuera posible, algo de su nuevo sistema de valores (o generar al menos cierto respeto distante, cierta simpatía gubernativa hacia la misma, que derivara en una relación diplomática amistosa, si el objetivo más ambicioso resultara no serlo), reclamaba entonces el registro más completo imaginable sobre todo lo que tuviera que ver con la cultura nacional del país en el cual el representante oficial de México debía desenvolver sus tareas. Reyes así lo comprendió, y supo actuar de un modo acorde.

Genaro Estrada, por su parte, envió a Reyes mucha información referida a la vida intelectual mexicana. En sus cartas se revela que el verdadero soporte financiero de la revista **Contemporáneos** (1928-1931) habría sido el propio Estrada, y que ésta le producía tantos dolores de cabeza por las rencillas y falta de compromiso de sus colaboradores, como a Reyes en la Argentina los jóvenes de la frustrada revista **Libra**. También identifica para su correspondencia a dos clanes de jóvenes intelectuales enfrentados entre sí: el que estaba formado por dependientes de la Secretaría de

Salubridad (Enrique González Rojo, Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y Bernardo J. Gastélum) y el que lo estaba por dependientes de la Secretaría de Educación (José Manuel Puig Casauranc, Enrique Jiménez Domínguez y Salvador Novo —enemigo literario de ambos, tanto de Estrada como de Reyes—). El primer grupo habría logrado enrolar —le cuenta en carta del 22 de mayo de 1928— al poeta y editor de la polémica **Antología de la poesía mexicana moderna**, Jorge Cuesta, mientras que el segundo parecería contar con el apoyo del ensayista y cuentista Gilberto Owen. Casi todos estos autores terminarían reunidos —a instancias del propio Estrada—, algunos pocos meses después, en torno a la empresa de **Contemporáneos** (y han pasado, colectivamente, a la historia literaria mexicana como el grupo portador del nombre de esa revista). La desazón amarga de Estrada al saber que Antonieta Rivas Mercado había decidido hacer campaña a favor de Vasconcelos en la futura elección presidencial (solo más tarde se enteró de que esa decisión no estuvo motivada únicamente por una convicción político-ideológica) subraya hasta qué punto el antiguo héroe de la Secretaría de Educación se había vuelto un enemigo ideológico. También en distintas ocasiones, Estrada respondería a los esquemas sinópticos que le ofrecía Reyes acerca de los campos literarios argentino y brasileño con “Pequeñas noticias literarias de México o relacionadas con”, como la que le mandó en febrero o marzo de 1929 —un telegráfico “*who’s who*” de los intelectuales mexicanos, promociones antiguas y novísimas, a comienzos de 1929—. Los esfuerzos de Estrada por mantener informado a su amigo formaron parte de la conversación intelectual entre ambos, como lo hicieron también las referencias a sus pasiones bibliofílicas y a sus propias obras; pero también tuvieron la intención de mantener a su aliado político y subordinado más o menos orientado acerca del cambiante mapa de la “ortodoxia” revolucionaria en momentos de implacable lucha por definir el sentido ideológico de la misma.

La conversación vehiculizada por las cartas de Reyes y Estrada hizo referencia a un cuarto tema de vital importancia para ambos intelectuales: su vida íntima, con sus frustraciones, esperanzas, pesares, sueños y tristezas. Reyes emerge de las páginas de este epistolario como un hombre muy preocupado por el bienestar de su familia, pero no del todo satisfecho con los placeres de la domesticidad. Afectado quizás por la llamada “comezón del séptimo año”, y autorizado a ello por las convenciones de la masculinidad de la época, el Reyes que se autorretrata en sus cartas es un hombre obsesionado por las mujeres bellas que lo rodean, e incesantemente necesitado, para la reafirmación de su propio ego, de lo que un romance clandestino o un interludio pasional le podían ofrecer. Nunca identifica por su nombre a las mujeres con las que dice haber tenido una relación íntima, ni tampoco a aquellas con las cuales —como le confiesa a su “congordo”— le hubiera gustado tenerla. Pero habla de ellas todo el tiempo, y en más de una ocasión refiere explícitamente el torbellino sentimental al que se sentía arrojado por esas pasiones. De las mujeres aludidas en el epistolario como parejas de hecho, solo una se puede identificar con cierta probabilidad: Nieves Gonnet de Rinaldini, con quien Reyes, si son ciertos los datos en sus cartas, habría mantenido una relación amorosa entre enero y agosto de 1928. Cotejando los datos

<sup>38</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 15, 17/18 septiembre 1928”, *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 161.

de su diario con los de este y otros epistolarios, emerge suficiente información circunstancial como para arriesgar esta identificación: en cuyo caso ella habría sido la mujer que, en un viaje a Tandil, “echa(ndo) los dos brazos al cuello”, le declarara en enero de 1928, “¡Muchachito querido! ¿De qué estás hecho vos? No quiero que andés entre manos que no te merecen”.<sup>39</sup>

Más conocidas son para los especialistas en la obra y vida de Reyes sus aventuras sentimentales en Brasil, aunque allí también las frases cifradas para referirse a sus amantes han generado mucha especulación: “Puck”, “Levinha” y “Consuelo” (o “mi consuelo”), habrían colonizado sus sentimientos durante su estancia en tierra carioca, según sus cartas a Estrada. La crítica brasileña y mexicana ha identificado dos posibles candidatas para ser las portadoras de esos eufemísticos apodos: la poeta y pedagoga Cecilia Meirelles, cuya amistad con Reyes está bien documentada; y la esposa del encargado de negocios de Rumania, Margarida o Margareta Barcianu, en cuya compañía paseó mucho Reyes por Río y por las regiones aledañas. De las dos mujeres, la única que probablemente haya llegado a tener una relación erótico-sentimental con el embajador mexicano es la segunda. Escritora como él —había publicado ya libros de cuentos y estando en Brasil publicó en rumano un libro sobre folklora brasileña—, veinte años más joven (había nacido en 1907), y bella, se volvió rápidamente una compañera inseparable durante las ausencias de la esposa de Reyes. No sorprende, pues, que en su *Diario* aparezca una referencia a “besos de Marg.” en el momento de su partida (la de Reyes) de Brasil. Fue impulsada por él a desarrollar sus talentos como pintora: le buscó maestro; la presentó, con su obra, a su gran amigo, Cícero Dias; y juntos lograron su participación en el “Cuarto Salón de los Artistas Brasileños” en 1932. Aunque no fue premiada, se integró a partir de entonces a la escena artística carioca. Y Reyes llegó a usar en 1935 obras suyas para ilustrar uno de sus libros. El fallecimiento prematuro de esta amiga en 1940 le provocó gran tristeza... y no solo a él. Con las palabras “Ela nos amou” destacadas en la primera plana de la edición del importante *Diário da Noite* de Río, edición del 1 de agosto de 1940, el periodista y ensayista (entonces muy prestigioso) Austregesilo de Athayde dio cuenta de sus últimos momentos de vida y pidió que la ciudad de Río nombrara una calle en su honor. Genaro Estrada, cabe aclarar, también confiaba sus intimidades a Reyes, aunque las instancias en que ello ocurriera fueron mucho menos frecuentes.

Si estos fueron los principales temas de las misivas intercambiadas por Genaro Estrada y Alfonso Reyes, los usos de esa correspondencia fueron también múltiples. A través del vínculo epistolar cada uno buscó impulsar el lanzamiento de su obra en los países donde estaba ausente, Reyes con bastante éxito gracias a la intervención responsable de Estrada; éste con bastante menos, ya que su soñada edición argentina del *Pero Galín* no se pudo concretar. Reyes le pedía a Genaro Estrada ayuda para obtener papeles y libros que habían quedado en su biblioteca en México, y quiso en repetidas ocasiones que sirviera de correa de trans-

misión para textos —poesías o ensayos— que deseaba publicar en revistas o diarios de México. Como se sabía desconocedor de los códigos complejos y cambiantes que regían el espacio ideológico en México, le entregaba con una confianza casi ciega sus manuscritos a Estrada para que éste practicara sobre ellos cualquier poda necesaria para tornarlos menos pasibles de producir un cortocircuito entre el Partido Nacional Revolucionario y su persona. El caso del “Discurso sobre Virgilio” le llegó a preocupar especialmente, ya que sabía muy bien que había deslizado por debajo de sus elogios a las conquistas de la Revolución una serie de observaciones subrepticias que no podrían sino caerle mal a los sectores más populistas y/o nacionalistas del campo cultural mexicano, y ello en un momento en el que los ataques contra el grupo de los “Contemporáneos” y, de un modo más general, contra los escritores cosmopolitas como él, arreciaban. El silencio de Estrada, que se prolongaba, generó una lluvia de cartas y de telegramas de su parte, inquiriendo acerca del destino de su escrito. Finalmente, Estrada le respondió lo siguiente: “Alfonso: yo, que leo hasta tres libros en una noche, y otro en el camino a la oficina, y otro entre oficio y oficio, me leí lo suyo sobre Virgilio tres veces consecutivas, que tanto así me complacen su médula y su agilidad, y esa cosa de simpatía nueva con que ha podido usted realizar ese magnífico trabajo”.<sup>40</sup> En esa misma carta le indicó que el “Discurso sobre Virgilio” aparecería simultáneamente en el libro colectivo para celebrar los 2000 años del nacimiento del autor de la *Eneida*, y en la revista *Contemporáneos*, donde saldría también —en el mismo número— otro ensayo suyo, igualmente elogiado por Estrada, “De la traducción”. En cambio, *Pero Galín* no tuvo edición argentina. Pero sí se encargó Reyes de hacer circular en Buenos Aires en 1929 el primer poemario de Estrada, *Crucero*, y que fuera reseñado por Pablo Rojas Paz y Jorge Luis Borges en la revista *Síntesis*.

La correspondencia entre ambos también sirvió para fines que sobrepasaban el ámbito más estrecho de su interés propio y autorreferencial —*qua* intelectuales—, ya que ambos corresponsales buscaron el apoyo de su interlocutor para poner en circulación en los respectivos campos culturales que habitaban otros autores y otras obras. Reyes le pidió, poco después de su llegada —y Estrada respondió al pedido—, que convenciera a escritores mexicanos de prestigio para que mandaran textos para ser publicados en la Argentina. Estrada, a su vez, le pidió a Reyes que le confeccionara un directorio completo de todos los intelectuales de nota que estaban entonces activos en la Argentina, recordo que no parece haber sido cumplido por Reyes. Un ejemplo claro de este rol de intermediación que ambos buscaron jugar a favor de amigos y aliados en sus respectivos campos intelectuales, ayudándolos a atravesar fronteras, es el de la intelectual uruguaya Luisa Luisi. Reyes la conoció en mayo de 1928, durante su primer viaje a Montevideo, donde ella dirigía el recientemente fundado Comité Uruguay-México, espacio institucional en cuyo recinto Reyes leyó una conferencia. En noviembre de 1928, intervino de un modo decisivo ante Estrada para que éste la ayudara con un

<sup>39</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 9, 4 enero 1928”, *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 100.

<sup>40</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Estrada a Reyes, 10 febrero 1931”, *Con leal franqueza*, Tomo III, *op. cit.*, p. 102.



trabajo que estaba preparando —tema muy atractivo para la uruguayo en función de su militancia feminista— sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Una carta suya logró que desde México le fueran enviados trabajos sobre la poetisa barroca —textos de Francisco Pimentel, Manuel Toussaint y Ermilo Abreu Gómez— y el resultado final fue (también intervención epistolar de Reyes mediantemente) la publicación del ensayo de Luisa Luisi sobre esa escritora en la revista **Contemporáneos** en México en 1929.

De utilidad inmediata, la correspondencia intelectual era concebida por Reyes *también* como artefacto proyectado hacia la posteridad: otra dimensión “humanista”. En su última “Carta Confidencial y Personal” enviada desde Buenos Aires, el 13 de diciembre de 1929, Reyes hizo explícita esa matriz humanista que en gran medida sirvió para definir a toda su escritura epistolar. Allí decía lo siguiente:

Para mi última carta de este año (comenzada, *in mente*, desde ayer, día de Nuestra Patrona de Guadalupe), quiero este epígrafe, estas líneas de nuestro Maquiavelo en una carta a su amigo y compinche Francesco Vettori: “El que viese nuestras cartas, valeroso compadre mío, y considerase su diversidad, no podría menos de asombrarse, pues primero le parecería que somos personas graves, enteramente consagradas al estudio de grandes cosas, y cuyo corazón sólo alienta por causas de austera honestidad. Y luego, al volver la página, le apareceríamos ligeros, inconsistentes, lascivos y vanos. Y tal modo de proceder, aunque a algunos parezca vergonzoso, es loable, según mi sentir, puesto que con él imitamos a la naturaleza, que también está llena de variedad; y no puede ser censurado aquél que la imita”.<sup>41</sup>

Se trata de un epígrafe harto elocuente acerca del ideal de la vida intelectual que alentaba el propio Reyes y la concepción que le asignaba en su seno a la práctica epistolar. Epígrafe digno también para un correo en cuyas páginas abordaba, entre chisme y chisme, la cuestión del poder rasputinesco de Ohyanarte en el gabinete del ya muy enfermo Hipólito Yrigoyen (cuya incontinenencia urinaria había sido observada por muchos en actos públicos) y la naturaleza de su oposición al imperialismo yanqui; el “jijismo” argentino y su impacto negativo sobre los **Cuadernos del Plata** y **Libra** del propio Reyes, y sobre Victoria Ocampo y su proyectada **Nuestra América** —opinaba que la figura de Samuel Glusberg, impulsado como colaborador por un generoso pero algo ingenuo Waldo Frank, era una de las causas del descrédito de la empresa, entre muchas otras—; las críticas conservadoras y populares a la nueva casa moderna de Victoria Ocampo, que recibía epítetos tan poco favorables como “el lavadero de la Embajada de España” o “el quilombo de Victoria”; la visita de Le Corbusier a la Argentina; la situación de los empleados en su embajada, con largas narraciones alusivas a la esencia absurda de toda burocracia; un “film porteño” compuesto de graciosas anécdotas acerca de Dorita de Alvear, la Bebé Elizalde y sus aventuras en la Asociación de Amigos del Arte (y aquellas de su pariente cuñado en “La Peña” del Café Tortoni), y

<sup>41</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Confidencial y Personal, 13 diciembre 1929”, **Con leal franqueza**, Tomo II, *op. cit.*, p. 252.

un *faux pas* del embajador mexicano en Chile, Alfonso Cravioto; y, en un momento central de la larga epístola, un pronóstico sombrío que auguraba para la Argentina grandes convulsiones políticas en un futuro muy cercano. Con espíritu revolucionario y anti-burgués, Reyes le explicaba a Estrada:

aquí va a pasar algo grave, pero muy grave. Y yo creo que es mejor que pase, mejor para este pueblo y mejor para toda América, pues esto se está convirtiendo en un país atrasadísimo de ideales, conforme con cosas que ya dan vergüenza en todo el mundo. Hace falta una sacudida total, que vuelvan por el Estado los hombres de la tierra, que se barbarice todo provisionalmente, [ya] que, fuera de la fachada, la urbanización de las calles, los trajecitos de confección, etc., bastante bárbaro anda todo por dentro, en un país donde no se puede uno detener a saludar por la calle a una señora, porque la desacredita uno, como si se la tirara por telepatía a la vista del público. Esto no está bien, Genaro, y quien le haya contado a Ud. otra cosa, ése tal ha mentado con su sucio morro como buen hijo de puta que es.<sup>42</sup>

Correspondencia de humanistas, cartas escritas para esclarecer a los contemporáneos y asombrar a la posteridad, una conversación en la que alternaba necesariamente lo grave con lo ameno, la observación portentosa con la anécdota pícaro y risueña: en esto consistía el oficio de corresponsal, de escribiente de misivas, para Reyes, y también, claro está, para su interlocutor y cómplice, Estrada. Para Reyes, cuya “memoria infinita”, según Borges, “le permitía el descubrimiento de secretas y remotas afinidades, como si todo lo escuchado o leído estuviera presente, en una suerte de mágica eternidad”, cualidad que “se advertía, asimismo, en el diálogo”, el ejercicio de la conversación a distancia solo se podía justificar si su materia se acercaba cuanto lo era posible a la variedad infinita y contradictoria, racionante y sensual, de la vida misma.<sup>43</sup>

## Conclusiones

El estudio de una correspondencia como la que aquí hemos examinado, entre dos intelectuales que ocuparon posiciones de indudable —aunque desigual— prestigio en el campo cultural mexicano durante los años intermedios del siglo veinte, ofrece aportes de gran utilidad para la historia intelectual. El más evidente tiene que ver con la información concreta referida a la biografía de los dos interlocutores: salvo los diarios y libros de memorias, pocas fuentes hay más iluminadoras sobre la trayectoria precisa y detallada de la vida de un intelectual. A través de la correspondencia se puede rastrear la evolución de su obra, las metamorfosis en sus opiniones, el cambiante mapa de su universo de interlocución, la existencia de proyectos nunca concretamente realizados pero que no por ello dejaron de marcar con su huella el periplo del autor. En un

<sup>42</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Confidencial y Personal, 13 diciembre 1929”, **Con leal franqueza**, Tomo II, *op. cit.*, p. 255.

<sup>43</sup> Jorge Luis Borges, “Alfonso Reyes” en Carlos García, **Discreta efusión. Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges 1923-1959: Correspondencia y crónica de una amistad**, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2010, p. 384.

plano más íntimo, una correspondencia franca y “desbraguetada” como esta permite averiguar cuestiones de gran importancia a la hora de elaborar una contextualización completa de los enunciados que compusieron su discurso, como su orientación sexual, su situación matrimonial (y el ambiente anímico que, en caso de existir, ésa generaba), sus prejuicios de clase, de género, de raza, sus creencias profundas en materia religiosa o política, su percepción de su propia persona en relación a la mirada de los otros —en los múltiples planos de la vida social—. Un epistolario como este, entre dos intelectuales no solo viajeros sino diplomáticos — y por ende portadores de un modo de mirar muy sesgado, muy particular; que se expresaba como una *forma intuitus* profesional-disciplinar que traducía una igualmente específica *forma mentis*—, destila también información de tipo antropológico o sociológico acerca de las ciudades por donde pasearon su mirada: tratárase de México, de la Argentina, de Brasil, de España, Francia o Turquía, una correspondencia como la que aquí ha sido compulsada arrojará elementos para la reconstrucción de una cartografía subjetiva de la sociedad o cultura visitada y el momento histórico vivido. El historiador que investiga cuestiones de historia intelectual y cultural, en una correspondencia con estas características, escrita por intelectuales con una aguda sensibilidad social y cultural, podrá recabar de su lectura no solo información empírica concreta —datos que podría haber encontrado en un estado mejor organizado en casi cualquier periódico importante del país y de la época estudiada— sino una interpretación *subjetiva*, hecha de cambiantes estados de ánimo, errores de apreciación, prejuicios y puntos ciegos, que permitirá comprender un poco mejor aquellos elementos casi intangibles, evanescentes y vaporosos, que colaboraron para construir un clima de época, o un paisaje pasajero de sentimientos y afectos, que supo definir el espíritu de una generación, de una clase, o de una formación cultural particular, y que no por ser tan difíciles de asir carecieron de significación en el proceso total de forjatura del proceso intelectual. El estilo de una personalidad, el espíritu de una época, una estructura de sentimiento grupal y temporal, entendidos estos términos en clave del materialismo cultural propuesto por Raymond Williams, hallan en las series de correspondencias de intelectuales — algo que se aprecia plenamente cuando se trata de epistolarios extensos y frondosos, como el de Juan María Gutiérrez, decimonónico y referido a los países del sur sudamericano, o el de Alfonso Reyes, que llevaba en sus páginas la estampa del siglo veinte latinoamericano tanto como en su frente la X de México— un repositorio de inigualable valor para el historiador de la cultura, el historiador intelectual o el historiador de los intelectuales. De estos, el epistolario del autor de *Ifigenia Cruel* y de *Visión de Anáhuac* ofrece una vía de ingreso inmejorable al estudio de la escritura epistolar como objeto, por la polifacética libertad de su temario y la superlativa calidad de su prosa. Como dijo en una temprana apreciación crítica de Reyes, escritor de cartas, su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña:

There is yet another aspect of Reyes as a writer. Were his letters ever published they would attain a unique position in the literature of the Spanish-speaking countries where the epistolary genre has never flourished. A letter of Reyes is a wonderful medley of personal experience, description, fancy,

thought, and opinion —a whole criticism of life and a complete self-revelation.<sup>44</sup>

## Referencias bibliográficas

### Primaria: *Obra*

Estrada, Genaro, **Obras completas (Dos Tomos)**, México, Siglo XXI, 1988.

Reyes, Alfonso, **Obras Completas (26 Tomos)**, México, 1955-1993.

### Primaria: *Epistolarios de Alfonso Reyes y otras colecciones documentales*

Caso, Antonio, et. al., **Conferencias del Ateneo de la Juventud**, México, Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM, 1962

Díaz Arciniega, Víctor, **Alfonso Reyes. Misión Diplomática**, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Fondo de Cultura Económica, 2001.

Enríquez Perea, Alberto (comp.), **Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires**, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

García, Carlos (Comp.), **Discreta Efusión. Alfonso Reyes/Jorge Luis Borges, 1923-1959: Correspondencia y crónica de una amistad**, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2010.

García, Carlos (Comp.), **Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958) Alfonso Reyes-Guillermo de Torre**, Valencia, Pre-Textos, 2005.

Reyes, Alfonso, **Diario**, Tomos I-IV (1911-1936), México, Fondo de Cultura Económica, 2010-2012.

Reyes, Alfonso-Valéry Larbaud, **Correspondance 1923-1952** (avec un avant-propos de Marcel Bataillon), Paris, Librairie Marcel Didier, 1972.

Reyes, Alfonso-José María Chacón y Calvo, **Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón**, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.

Reyes, Alfonso-Victoria Ocampo, **Cartas echadas: Correspondencia 1927-1959**, México, UNAM, 1983/2009.

Reyes, Alfonso-Juana de Ibarbourou, **Grito de Auxilio. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Juana de Ibarbourou**, México, El Colegio Nacional, 2001.

Reyes, Alfonso-Pedro Henríquez Ureña, **Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914**, México, FCE, 1986.

Reyes, Alfonso-Antonio Castro Leal, **Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal**, México, El Colegio Nacional, 1987.

Reyes, Alfonso-Max Henríquez Ureña, Juan Antonio Ramos, Jorge Mañach, **Cartas a La Habana**, México, UNAM, 1989.

Reyes, Alfonso-Martín Luis Guzmán, **Medias palabras**.

<sup>44</sup> “Hay otro aspecto más todavía en la actividad de Reyes como escritor. Si alguna vez se llegaran a publicar sus cartas alcanzarían una posición única en la literatura de los países de habla española donde el género epistolar nunca ha sido floreciente. Una carta de Reyes es una mixtura maravillosa de experiencia, descripción, fantasía juguetona, pensamiento y opinión — una crítica total de la vida y una revelación completa de sí mismo”. Pedro Henríquez Ureña, “A Mexican Writer”, *The Minnesota Daily*, Vol. XIX, n° 80, 1° de marzo 1918, p. 4, citado en Alfredo A. Roggiano, **Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos**, Santo Domingo, República Dominicana, Ediciones Cielonaranja, 2012, p. 266.

- Correspondencia Guzmán-Reyes**, México, FCE, 1991.
- Reyes, Alfonso-Carlos Pellicer, **Correspondencia 1925-1959**, México, Ediciones del Equilibrista, 1997.
- Reyes, Alfonso-Silvio Zavala, **Fronteras conquistadas**, México, El Colegio de México, 1998.
- Reyes, Alfonso-Germán Arciniegas, **Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas**, México, El Colegio Nacional, 1998.
- Reyes, Alfonso-Daniel Cosío Villegas, **Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958)**, México, El Colegio de México, 1999.
- Reyes, Alfonso-Jesús Silva Herzog, **Vidas de cultura y pasión mexicanas. Correspondencia Alfonso Reyes/Jesús Silva Herzog 1939-1959**, México, El Colegio de México/El Colegio de San Luis Potosí, 2001.
- Reyes, Alfonso-Mariano Picón-Salas, **Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)**, Caracas, Fundación Casa de las Letras "Mariano Picón-Salas"/Consejo Nacional de la Cultura, 2001.
- Reyes, Alfonso-Enrique González Martínez, **El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952**, México, FCE, 2002.
- Reyes, Alfonso-Arnaldo Orfila Reynal, **Correspondencia 1923-1957**, México, Siglo XXI Editores, 2009.
- Ugalde Quintana, Sergio (Comp.), **Un cierto encanto Goethiano: correspondencia alemana de Alfonso Reyes (1914-1959)**, (Incluye correspondencia con Ernesto Quesada), México, El Colegio de México, 2013.
- Zaitzeff, Serge I. (Comp.), **20 Epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes**, México, El Colegio Nacional, 2008.
- Zaitzeff, Serge I., **Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes**, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009.
- Zaitzeff, Serge I., **Correspondencia Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel**, México, El Colegio de México, 2009.
- Zaitzeff, Serge, I. **Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto F. Giusti**, México, El Colegio Nacional, 2000.
- Primaria: Periódicos**
- Libra, Buenos Aires, 1929: Edición facsimilar preparada por Rose Corral, México, El Colegio de México, 2003.
- Monterrey. **Correo Literario de Alfonso Reyes**, Río de Janeiro/Buenos Aires, 1930-37: Edición facsimilar de José Emilio Pacheco, Cecilia Laura Alonso, Alberto Enriquez Perea y Héctor Perea, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.
- Secundaria**
- Altamirano, Carlos (Dir.), **Historia de los Intelectuales en América Latina**, Tomo 2, Buenos Aires, Katz Editor, 2010.
- Castañón, Adolfo, **Alfonso Reyes, Caballero de la voz errante**, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1997.
- Castañón, Adolfo, **Trazos para una bibliografía comentada de Alfonso Reyes, con especial atención a su postergada antología mexicana: "En busca del alma nacional"**, México, UNAM, 2005.
- Crespo, Regina, **Itinerarios Intelectuales: Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación**, México, UNAM, 2004.
- Conn, Robert T., **The Politics of Philology. Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition.**, Cranbury, N.J./London, U.K./Mississauga, Ontario, Bucknell University Press, 2002.
- Curiel Defossé, Fernando, **El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes**, México, UNAM/El Colegio Nacional, 1995.
- Curiel Defossé, Fernando, **Ateneo de la juventud (A-Z)**, México, UNAM, 2001.
- Díaz Arciniega, Víctor, **Querella por la cultura "revolucionaria" (1925)**, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Enríquez Perea, Alberto, **Alfonso Reyes en los albores del Estado Nuevo brasileño (1930-1936)**, México, El Colegio Nacional, 2009.
- Ellison, Fred P., **Alfonso Reyes e o Brasil: Um mexicano entre os cariocas**, Río de Janeiro, Consulado General de México/Topbooks, 2002.
- Garcíadiego, Javier, **Alfonso Reyes**, México, Planeta, 2002.
- Garcíadiego, Javier, **Cultura y política en el México posrevolucionario**, México, INEHRM, 2006.
- Garcíadiego, Javier, **Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución mexicana**, México, El Colegio de México/UNAM, 1996.
- González Casanova, Manuel, **El cine que vio Fósforo –Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán–**, México, FCE, 2003.
- Monsiváis, Carlos, **El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta**, México, Miguel Ángel Porrúa, 1991.
- Monsiváis, Carlos, **La cultura mexicana en el siglo XX**, México, El Colegio de México, 2010.
- Patout, Paulette, **Francia en Alfonso Reyes**, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León/Capilla Alfonsina, 1985.
- Pineda Franco, Adela e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.) (2004), **Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos**, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh.
- Quintanilla, Susana, **"Nosotros". La juventud del Ateneo de México: De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán**, México, Tusquets, 2008.
- Reyes, Alicia, **Genio y figura de Alfonso Reyes**, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Sánchez Prado, Ignacio M., **Naciones intelectuales: las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)**, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2009.
- Sheridan, Guillermo, **Los Contemporáneos, Ayer**, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Sheridan, Guillermo, **México en 1932: la polémica nacionalista**, México, FCE, 1999.
- Tarcus, Horacio, **Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg**, Buenos Aires, Ediciones El Cielo Por Asalto, 2002.
- Tenorio-Trillo, Mauricio, **I Speak of the City: Mexico City at the Turn of the Twentieth Century**, Chicago, University of Chicago, 2012.

**Resumen**

Este trabajo analiza la correspondencia intelectual a la luz de la historia intelectual, centrándose en un epistolario en particular, aquel que contiene la correspondencia intercambiada entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1937). Luego de una somera presentación del perfil intelectual de ambos, examina la correspondencia entre ambos en función del marco institucional, cultural, y nacional en cuyo interior debió desarrollarse el discurso que ella vehiculizó. Enfatiza el carácter particular que le otorgaba a su conversación el hecho de que ambos fueran diplomáticos y que uno estuviera subordinado —en el plano estrictamente profesional— al otro, y también subraya la auto-imagen de ambos como “humanistas” latinoamericanos. Luego de una descripción de la variada temática abordada en la misma, explora los múltiples usos a los que se prestaba la práctica epistolar. En tanto trabajo de historia intelectual, presta particular atención al momento histórico —contextual— y a los lenguajes entonces disponibles para designar lo cultural y lo social que podían ser utilizados en la construcción de un discurso subjetivo sobre la experiencia objetiva de la sociedad. Sugiere finalmente que la recuperación del carácter arbitrario y un poco inefable de la conversación a distancia —el hecho epistolar— puede constituir un importante insumo empírico para el historiador.

**Palabras clave**

Historia intelectual, intelectuales, correspondencia intelectual, contexto discursivo, Alfonso Reyes/Genaro Estrada

**Abstract**

This article analyzes the practice of intellectual correspondence — the exchange of epistles, of letters— from the perspective of intellectual history. It focuses on one collection of letters in particular: the correspondence exchanged by Alfonso Reyes and Genaro Estrada (1916-1937). Following a brief, introductory profile of both authors, this study examines their correspondence as this was determined or modulated by the institutional, cultural and national framework within which it had necessarily to develop. Emphasis is placed on the fact that both letter-writers were diplomats and that one was the other's subordinate; and it also underlines the fact that both intellectuals shared a self-image of themselves as Latin American “humanists”. Following a description of the varied themes touched upon in the correspondence, this article considers the multiple uses to which epistolary practice could be put. Inasmuch as this is a study in intellectual history, special attention is paid to the historical — contextual— moment and to the languages then available for the production of statements relating to the social or the cultural spheres, which could be used for the elaboration of a subjective discourse on the author's objective experience of society. A final suggestion in this paper is that recovery of the arbitrary and not a little ineffable nature of conversation — long-distance in this case, embodied in the epistolary process— can constitute an important empirical element for the historian's interpretation of her/his object of study.

**Keywords**

Intellectual history, intellectuals, intellectual epistolary correspondence, discursive context, Alfonso Reyes/Genaro Estrada